



**LA SOCIOLOGÍA INTELIGIBLE:
¿ES CIENTÍFICO EL “PARA QUIÉN”?**

**INTELLIGIBLE SOCIOLOGY:
“TO WHO” IS IT SCIENTIFIC?**

René Martínez Pineda
Investigador y docente universitario
renemartezpi@hotmail.com

REALIDAD Y REFLEXIÓN Reality and Reflection

16

Año 6, N° 16
Year 6, N° 16

San Salvador, El Salvador, Centroamérica
San Salvador, El Salvador, Central America

Primer Cuatrimestre
Quarterly Journal

enero-abril 2006
January-April 2006

LA SOCIOLOGÍA INTELIGIBLE: ¿ES CIENTÍFICO EL "PARA QUIÉN"?

INTELLIGIBLE SOCIOLOGY: "TO WHO" IS IT SCIENTIFIC?

René Martínez Pineda
Investigador y docente universitario
renemartezpi@hotmail.com

After a century of teaching Sociology in El Salvador, the most important lesson we can rescue is that we need to revalue its nature in the way it is a science which knows the social from the consciousness of the social, premise beginning from which the Sociology, particularly, not only has to limit to propose or defend solutions with a multidisciplinary perspective but also has to be itself the solution the social matters. Revalue the nature of the Sociology in this sense, if it is well known that the quality of life and situation of the population which insists in reproduce it in the ballot boxes in a weird act of masochism, is worse day after day (This is attested for the different social, disputes in the last years). The proposed intelligible sociology put forward the return of the social subject after he has been studied. Considered it in this way, comes up the temptation to see the intelligible sociology as a homesickness from which we returns enriched because we have totalized the trip from the far away proximity of the memory.

Después de 100 años de sociología en El Salvador, la lección más importante que se puede rescatar es que, en un acto epistemológico neofundacional; hay que revalorar su naturaleza, en tanto ciencia que conoce lo social a partir de lo social del conocimiento; premisa a partir de la cual considero que las ciencias sociales, en general, y la sociología, en particular, no sólo deben limitarse a proponer y defender soluciones con una perspectiva multidisciplinaria, sino que ellas mismas sean la solución de la problemática social.

En tanto su impacto vaya más allá de los libros, más allá del monólogo patético en el que han caído y el que no garantiza, por cierto, que su contenido sea inteligible, incluso, para quienes lo realizan.

En este sentido, conocer lo social a partir de lo social del conocimiento, hace referencia a que las ciencias sociales deben crear puntos de convergencia teórica, entre ellas y con las otras ciencias; y a que, además, deben buscar el conocimiento cualitativo –ciertamente precientífico– en el decir, pensar y sentir de la gente común y corriente, para que los constructos teóricos no asuman un perfil extramundano.

Por otro lado, revalorar la naturaleza de la sociología es hacer una hermenéutica interna, es un ejercicio dialéctico, en tanto pensamiento que se encuentra a sí mismo en su propio desenvolvimiento.

Esa lección centenaria tiene que ver, al menos, con dos hechos metodológicos: en primer lugar, con la apertura de un diálogo crítico con los clásicos de la sociología –obviando, como prejuicio, su escue-

la de pensamiento– para repensar y nutrir la teoría; para hacerla trascendente y pertinente; para contextualizarla en su aplicación concreta en una realidad concreta, sin la necia recurrencia a manuales y a moldes inoportunos o autoimpuestos.

De esta forma, ese diálogo crítico se presenta como un retorno, como un viaje de alejamiento para agudizar la visión; debido a que cuando se retorna desde la fuente, no se sabe si nos alejamos más del punto de partida –la teoría– o nos aproximamos más a él, y tampoco estamos seguros de si ese punto de partida todavía existe, o si es una invención de la memoria.

En segundo lugar, tiene que ver con la pertinencia social de dicha ciencia, en el sentido en que debe impactar en la sociedad de carne y hueso; lo que vendría a ser el tardío entender de que las ciencias sociales del siglo XXI son capaces –por mandato científico– de cualificar sus propios objetos de estudio (para cualificarse ellas mismas) debido a que reconocen que: al decodificar los nudos inextricables de la realidad estudiada, la vuelven simple, diáfana, y, por ello, inteligible, para el que la estudia y para los estudiados, quienes dejan de ser, aboliendo la pretensión metodológica de Durkheim, cosas.

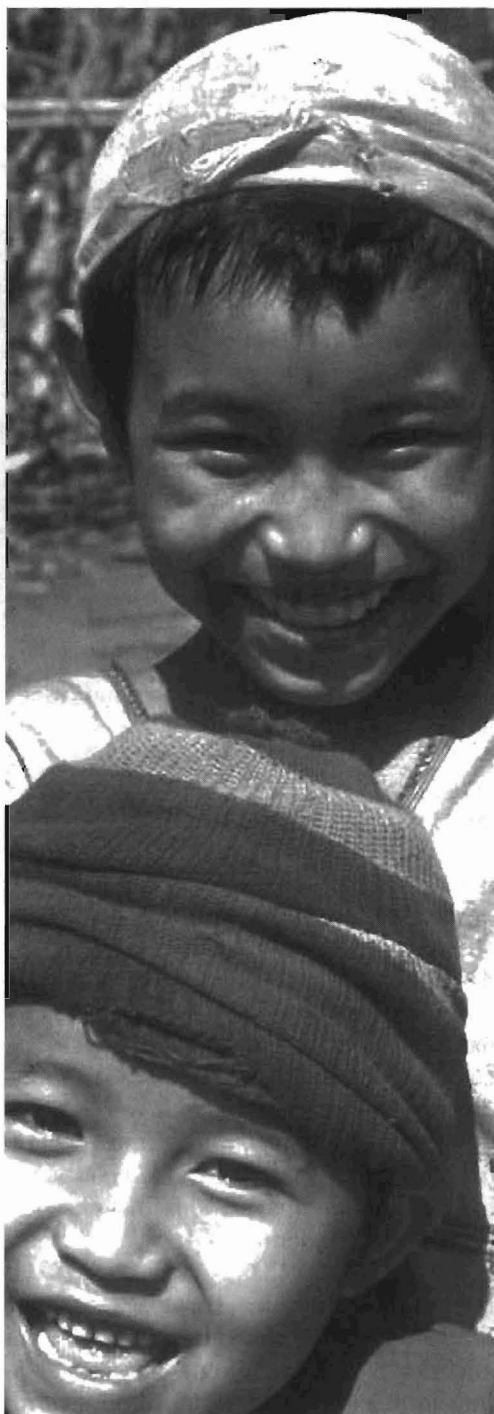
Al respecto, Marx, por un lado, aclaró que: “más que explicar el mundo, hay que transformarlo”, y, por otro, Max Weber afirmó que “los fenómenos sociológicos no se agotan en su explicación, para completar su estudio hay que comprenderlos”.

Ahora bien, sólo se puede transformar lo que se puede comprender y, en el caso

particular de la sociología, esa transformación es competencia del sujeto social porque son sus huellas las que la sociología decodifica; por lo que el momento comprensivo se refiere tanto al constructo teórico-metodológico, como a las personas que le dan cuerpo a la sociedad –para quitarle el ropaje de lo abstracto– y la producen-reproducen en su memoria.

Ese diálogo entre las propuestas de Marx y Weber (cuyas vigencias teóricas, por cierto, no son una decisión ideológica); se traduce en lo que denomino Sociología Inteligible, es decir, una sociología que no sólo describe, estudia y explica los hechos sociológicos, sino que los comprende, porque incorpora en el análisis la dimensión cultural –sin hacerle académicas expropiaciones a la antropología– y porque construye el espacio-tiempo como un objeto sociológico; una sociología que, sin restarle rigurosidad, científicidad y particularidad a sus conceptos y categorías, se objetiva en un discurso inteligible para aquellos grupos sociales que, desde su práctica cotidiana e imaginarios, materializan el objeto de estudio sin ser cosificados o condenados al anonimato.

Esta no es una vulgarización de la sociología, como podría concluirse al hacer un análisis superfluo basado en la pedantería intelectual; sino que es la recuperación de su pertinencia como ciencia social, pues, el último acto empírico que verifica la información sociológica recolectada es que el discurso teórico sea inteligible, debido a que no sólo se está recurriendo a una consulta final cualitativa con los informantes privilegiados, sino que, también, se parte del supuesto cognitivo de que: lo inteligible se basa en lo comprensivo, porque el concepto abstracto es



capaz de generar las imágenes que lo explican, debido a que ambos provienen de la misma realidad objetiva; porque el concepto abstracto se considera como un derivado de las palabras concretas.

Una vulgarización de la sociología sería, en todo caso, el darle el mismo estatus de extramundanas que tienen las ciencias puras (en el que se pierde de vista que hasta el concepto o modelo matemático más complejo, surge de una realidad simple no descifrada); o la presunción positivista de que los sociólogos, por sí mismos, son los redentores de su objeto de estudio, porque la sociología es la redentora de la sociedad.

En todo caso, esta es nada más una propuesta, que justifico con base en algunas readecuaciones teórico-metodológicas demandadas por la realidad misma, siendo la de mayor peso académico: las condiciones de la sociedad actual.

SOCIEDAD ACTUAL Y SOCIOLOGÍA INTELIGIBLE

Por el etéreo ciberespacio vuelan –a diario, a toda velocidad, a toda hora, a todo color– millones y millones, y otros miles de millones más, de datos que superan, en mucho, a lo acumulado por la humanidad en toda su historia. Al respecto, se calculó que, en el año 2000, existían más de cinco millones de páginas web visibles (que contenían, fácilmente, más de mil millones de páginas y cerca de cuatrocientos millones de imágenes, la mayoría pornográficas y violentas).

De esa situación, surge la primer readecuación teórico-metodológica para acceder a una sociología inteligible: la transformación del dato en información.

Para que los datos, como los anteriormente señalados, se conviertan en información, hay que llevarlos y desnudarlos en el campo de la cotidianidad:

“si alguien quisiera leer (sin comprensión alguna) todo el conjunto de la web (la cual se amplía día a día) y dedicara en ello una jornada laboral normal –sin días festivos, ni vacaciones, ni incapacidades médicas, ni emergencias nacionales– tardaría más de ¡veinticinco mil años!, es decir, tendríamos que nacer unas cuatrocientas veces –y aprender a leer fluido a los siete años– para hacerlo personalmente”.

A esto habría que agregarle, según estudios independientes (como los de la empresa Bright Planet) la existencia de una “web invisible”, que tiene una extensión quinientas veces mayor que la visible, la que (para ese año) tenía, al menos, quinientos cincuenta mil millones de documentos.

Los resultados obtenidos, sólo con los datos del año 2000, son suficientes para explicar la magnitud de la problemática, la cual me hace pensar en una paradoja sociológica no estudiada: la mayor amenaza que tiene la capacidad humana de conocer el mundo, es la cantidad de conocimiento disponible. Actualizar los datos resultaría inmanejable, debido a su magnitud intraducible, y, por ello, sería irrelevante.

Convertir esos datos en información, volverlos inteligibles para tener más y mejores criterios analíticos sobre su impacto en la sociedad, demanda que el planteamiento sociológico no sólo sea comprensivo, sino, también, inteligible, al colocar el hecho sociológico con ellos relacionado en una

perspectiva multilateral, en una visión de totalidad dialéctica, a partir de la cual se puede valorar –en el ámbito de lo concreto pensado– cómo es que el objeto de estudio de la sociología (la estructura social dinamizada por relaciones de poder) se entrelaza y explica, explicando, para arribar a la condición comprensiva y, después, inteligible, que es la que le permite determinar la científicidad o pertinencia de la teoría, que ya es vista desde otra perspectiva: la sociológica.

No obstante lo señalado, a ese mar insondable, denso, abstracto, infinito, que termina siendo un mar muerto cognitivo, se le llama (para cooptar la crítica social o embaucarnos con palabras que suenan bonito, que lucen posmodernas, que están de moda, pero, que tienen la función de ocultar la realidad): “sociedad del conocimiento”, o “sociedad informatizada”, cuando –strictus sensu– no es tal (al menos en los países pobres que acaban siendo, siempre, unos pobres países) llegando a ser, en el mejor de los casos, una “sociedad datizada”, es decir, una sociedad llena de datos concebidos como eventos cognitivos, es decir: aislados y sin conexiones evidentes con la realidad, lo cual es un absurdo epistemológico, pues, la ciencia tiene que generar conocimiento y el conocimiento información.

Lo anterior ha construido un nuevo espacio que profundiza, aún más, el abismo que media, en el marco externo, entre los países ricos y los países pobres, y, en el contexto interno, entre la clase dominante y la clase dominada, siendo ese espacio el de la información, y, más exactamente: el de la producción de la información, hasta convertirla en un nuevo poder real

del capitalismo que, por supuesto, se acumula, revaloriza y reproduce de forma ampliada; un poder que se piensa en inglés, pues, más del 86% de los documentos que circulan en el ciberespacio están escritos en ese idioma, debido a la geopolítica del conocimiento, frente a la cual, la sociología inteligible que propongo –y sin renunciar a los referentes teóricos– opta por dejar de ser conocedora del conocimiento sociológico para ser productora de conocimiento sociológico, siendo ésta la segunda readecuación teórico-metodológica.

Mientras eso pasa (si es que pasa), por nuestras calles, mercados y basureros deambulan cada vez más niños –que contribuyen a redondear los 140 millones en el mundo (un tercio de ellos en América Latina, todos ellos idénticos a los que se apostan en los semáforos del Boulevard de los Héroes)– sin más amparo que su propia piel asida a los huesos; sin más estudio que el de saber cómo sobrevivir sin comer ni sonreír; sin más alimento que el bote de pega, lapidaria situación que no puede remediar la sociología monologadora, ni el conocimiento incommensurable de la sociedad.

Lo paradójico de la cuestión es que esa sociedad del conocimiento, de la información, de la tecnología de punta, globalizada (como se le suele llamar –con la pedante, pero ingenua, complicidad de los sociólogos– a la sociedad capitalista; para convertir la exponencial explotación del capital en algo etéreo) cuenta como sus leales súbditos a personas más ignorantes que antes, en términos absolutos y relativos; debido a que en la sociedad del conocimiento, la ignorancia es el soporte de la democracia y la armonía social, porque ella es el mejor mecanismo de control social y ajuste, que supera a los propuestos por Parsons.

Así, vemos cómo se introduce-produce-reproduce, más allá de libros y paradigmas, una relación directamente proporcional entre información y problemas, el mayor de los cuales será, sin duda: los niños de la calle.

Si la tendencia de la paradoja sigue igual, dentro de algunos años nuestros hijos o nietos no sabrán, en verdad, de dónde "proviene el semen de sus vidas... inmensamente amargas", y no por agrias licencias poéticas que pretendan exaltar, o denunciar:

La agonía continuada de una vida posmoderna sin pasado ni futuro, que condena a la muerte precoz y a la orfandad a los niños antes de que nazcan, para que el malthusianismo o la revolución moral de Emile Durkheim, recobren su vigencia; o la práctica folclórica, machista y permisiva, que hace necesario que redefinamos la familia, desde la perspectiva sociológica, más allá de lo tangible y la dejemos de llamar "desintegrada", cuando en verdad tiene una nueva forma de integración dictada por la realidad; o la difusión cultural, densa y trepidante, que abarcará cosas, personas y animales; sino porque, simplemente, sus vidas se reducirán a un frío número en los informes de desarrollo humano; a un "password" de acceso al absurdo delirio de algunos sociólogos de convertir la investigación cualitativa en un ejercicio cibernético; a un impersonal código de barras que les indicará -sin lugar a dudas o a inflexiones ideológicas tardías y viscerales- la real posición que ocuparán en la sociedad, para garantizarle el Orden y el Progreso, tal como éstos fueron concebidos por el positivismo fabril de Saint Simon y Augusto Comte.

Esa posición, dada y reafirmada por el número, no parece muy lejana, por cier-

to, al "Mundo Feliz" de Huxley, que se nos insinúa -con violencia epistémica, aunque sin afectarnos en lo más mínimo- cada vez que vemos el desfile parsimonioso de trabajadores uniformados que son vigilados, de cerca, por gerentes o patrones que, obviamente, no usan uniforme; o cuando, dominados por una mezquindad clasista, se registra a las trabajadoras a la salida de su jornada laboral -en la maquila, el almacén o el supermercado- para que "no se roben nada", porque el único autorizado para hacerlo legalmente (y en millones, tras la máscara del plusvalor) es el dueño; o cuando -sin saber que somos denigrados porque nos ven como los "siempre sospechosos de todo"- nos engrapan ferozmente las bolsas, las carteras, los coches de bebé, los escotes, al entrar en los grandes almacenes, para que no nos robemos nada; o cuando, dominados por el número primigenio, se les obliga a los trabajadores a marcar tarjeta -bajo la coartada de una sana administración que oculta, muy mal, la total desconfianza que se les tiene- lo cual convierte al reloj en un capataz mecánico, en un fetiche, en tanto suponen que de él dependen la productividad y la disciplina laboral.

En ese contexto, las ciencias sociales (particularmente la sociología, que siempre ha sido vista, injustamente, como perturbadora); resultan ser un estorbo cuando la sociedad, la vida, la imaginación, el futuro, el trato humano, la utopía, se han convertido en un número que convoca a la amnesia social, el mismo número del que nos habló Neruda, cuando puso en el lugar correcto el interaccionismo simbólico de los estructuralfuncionalistas.

Sin embargo, si la sociología no se convierte en una ciencia social inteligible (que troca el dato en información) muy

poco podrán variar las condiciones enunciadas –es decir, estudiadas– y eso la estaría invalidando.

Por eso, si la sociología no ve como hecho sociológico el que las reformas educativas impulsadas eliminan el estudio de las ciencias sociales, se estaría invalidando a sí misma por ausencia de opinión; y se estaría atentando contra la memoria de los pueblos, que también es un hecho sociológico que demanda –como tercera readequación teórico-metodológica– ser convertido en objeto de estudio sistemático; pues, la memoria histórica es la única que puede explicar la habilidad que han desarrollado los individuos para encontrar la conexión entre los problemas privados y los problemas sociales, debido a que tal memoria supera las implicaciones idealistas de la “imaginación sociológica” propuesta por Mills.

La anterior metáfora sociológica sobre la amnesia a la que estamos siendo sometidos –que hoy nos puede parecer remota, y hasta propia del ámbito de la ficción científica más absurda, como se concibió a la de Julio Verne en su época– dejará de ser tal si las explicaciones y reflexiones críticas, propias de la sociología por definición, desaparecen por completo de la formación académica formal, dejando en el abandono a la ya deteriorada formación informal de nuestra identidad cultural y memoria histórica, que se sustentan en el proceso deliberado de enculturación, el cual, ciertamente, cada día asume más las características de una práctica cultural exótica y de bajo perfil, debido a que se considera de poco valor lo propio y ancestral, y de mucho valor lo que viene de afuera, del norte, aun-

que sea efímero, es decir, aunque esté regido por los designios volátiles de la moda, la cual es la base fundamental para sostener el consumismo, aniquilar las culturas y colonizar el intelecto.

Al pensar la enculturación como dimensión analítica del hecho sociológico referido a la socialización, surgen las siguientes interrogantes: ¿Cuándo fue la última vez que, añorando una relación social cara a cara, un trato de piel, nos sentamos a platicar sobre los tiempos, tradiciones culturales y luchas de antaño con nuestras abuelas, en un ejercicio etnográfico instintivo?

¿Cuándo fue la última vez que nos sentamos, con un brillo mágico en los ojos, alrededor de una taza de atole de maíz tostado, a recordar con nostalgia los juegos que nos hicieron irremediamente felices, de niños, y que nos enseñaron con paciencia el concepto, tremendamente humano, de la solidaridad social, que fue rescatado por el Marx del siglo XIX?

¿Cuándo fue la última vez que en un arrebato dialéctico de dignidad dijimos: ¡¡basta ya de tanta miseria y tanta expropiación!!?

¿Alguna vez nos hemos sentado a reflexionar por qué después de cien años de sociología en el país la distribución de la riqueza es mucho más injusta?

Por supuesto que no se pretende abolir académicamente, o renegar infantilmente, la trizada difusión cultural que siempre ha estado presente en la historia de la humanidad debido a su permanente migración, la cual es provocada, más que por cuestiones económicas, por factores subjetivos, siendo el principal de ellos: el deseo de descubrir lo que existe más allá del horizonte.

El punto en debate es que las tradiciones culturales que se adopten por los grupos sociales o naciones –para que sean estructurales y/o reproductoras de identidad cultural– deben tener como base el conocimiento de causa y la contextualidad (no ser producto de la voráGINE inocua, e inICUA, de la moda); para que las mismas se conviertan en estrategias de aprendizaje (rasgo fundamental de las tradiciones y costumbres); pues, este es el amuleto más poderoso con el que cuenta la cultura cuando se entrelaza con el espacio-tiempo como abstracción sociológica; siendo esa la cuarta readecuación teórico-metodológica que permitirá explicar los incomprensibles “pactos sociales”, que yo defino como las treguas que los individuos hacen con la sociedad –en función de una autoestima colectiva– para poder vivir en ella.

La sociología inteligible entiende el espacio-tiempo como algo inextricablemente entrelazado, que se perturba y deforma por ser un participante dinámico de lo que ocurre en el hecho sociológico, que se materializa y reinventa en la memoria y por ello es una de las maletas que lleva el migrante.

En este sentido, el cuestionar ese tipo de difusión cultural, unilateral e impuesto, no significa que se esté reivindicando de forma subyacente el folclorismo anacrónico, “la pureza costumbrista” o la “encerrona cultural”, pues, hacerlo, sería igualmente una aberración académica, cultural e histórica que, de todos modos, sería inviable.

De lo que se trata, más bien, es de construir un mundo multicultural en el que quepan los mundos de las culturales particulares, sin necesidad de supeditarse, degradarse o, en el peor de los casos, de dejar de ser tales, o sea: desvirtuar teóricamente la dictadura del etnocentrismo o la voracidad del imperia-

lismo cultural, que es un problema sociológico cuando se reconoce que la explicación no agota el objeto de estudio, sólo lo prepara o acondiciona para realizar el acto comprensivo.

Las preguntas obligadas que, entonces, surgen de las premisas anteriores son: ¿Qué tan indispensable es que la sociología sea inteligible para garantizar la formación integral de los estudiantes, en tanto seres pensantes, críticos y transformadores de su realidad, porque la entienden en su totalidad concreta?

¿Cómo entra la sociología, en tanto formadora de identidad y memoria histórica basada en su carácter inteligible, en una sociedad globalizada en la que predomina la difusión cultural unilateral?, ¿qué papel juega la sociología en el proceso que permite a los pueblos pasar de ser unos simples “sufridores” de la historia, a ser “constructores” de la misma?

¿Se puede hablar –sin caer en la pedante demagogia académica o en el burdo panfleto político– de desarrollo económico al margen de las ciencias sociales? Y, si la respuesta a la pregunta anterior resulta ser afirmativa: ¿Dónde queda la relación harto entrañable entre el desarrollo material y el desarrollo espiritual de las naciones, que nos provocó tantos desvelos cuando tratábamos de escudriñar, teniendo a la realidad como libro de texto privilegiado, la relación dialéctica entre forma y contenido, entre ser social y conciencia social?

¿Qué tipo de profesionales o ciudadanos saldrán de una formación académica que obvie, de forma deliberada y por estrictas cuestiones político-ideológicas, la enseñanza de las ciencias sociales en todos los niveles.

Actualmente, no obstante las ciencias sociales, en general, están relegadas al cuarto oscuro de la amnesia neopositivista (en nombre de la funcionalidad) no existe ningún debate sistemático, ni sistémico, sobre el papel que dichas ciencias juegan, y jugaron, en el desarrollo económico de las naciones-Estado y en la formación de la identidad cultural, la memoria histórica y la personalidad social crítica, distinta en su esencia explicativa de la mencionada imaginación sociológica de Mills.

Esta apatía -propiciada en parte por la gradualidad con que se les ha convertido, oficialmente, en delirios ideológicos u objetos académicos artesanales, en tanto obsoletos, más que en reflexiones científicas sobre la sociedad- es del todo imperdonable dentro del marco universitario y, sin embargo, en muchas carreras de pregrado que se sirven en las distintas universidades de nuestro país -la pública y las privadas- se han ido extrayendo, como con una pinza esterilizada, como disolviendo con sal un tumor indeseable y maligno, materias tales como: sociología, antropología, historia de El Salvador, filosofía, por mencionar sólo algunas.

En el mejor de los casos, las ciencias sociales han sido mutiladas (triumfo real del empirismo) para que no se tenga una visión de totalidad de la realidad y, al carecer de ella, no podemos ser críticos ni denunciantes de la misma cuando sea necesario.

Y la situación antes señalada es imperdonable, repito, porque los salvadoreños, los latinoamericanos, los pobres de un mundo sin banderas, ni colores, ni fronteras, vivimos, padecemos, sufrimos, perdonamos, aguantamos una realidad en la que los problemas sociales ocupan el primer lugar en la agonía perentoria de nuestra

cotidianidad -ese raro espacio microsociedad que se ha dejado de ver, debatir y estudiar porque transcurre más lento que la realidad externa- mientras que la solución estructural de dichos problemas es relegada, u obviada con nuestra venia -con nuestros ritos consuetudinarios del sacrificio de la práctica intelectual- al último lugar, si no es que al olvido, hasta el punto en que sólo sirven para darle carne a las promesas electorales que, todos lo saben, no serán cumplidas, y que convierten a las ciencias sociales en hijas putativas de la política.

En este sentido, si bien se sabe que la situación y calidad de vida de la población está cada día peor (lo cual es demostrado por las causas de la conflictividad social de los últimos años) esa misma población se empeña -en un raro acto de masoquismo social- en reproducirla en las urnas electorales.

Para no recurrir a la baladí o abstracta explicación que, al respecto, ofrece el interaccionismo simbólico o la alienación, la sociología inteligible, como quinta readecuación teórico-metodológica, debe reivindicar el estudio microsociológico como puente entre la coyuntura y la estructura, es decir, como el punto de amarre entre el constructo teórico y la vida real, la agonía pedestre.

Esa paradoja social, esa absurda necesidad por resolver sólo los problemas menos prioritarios (tales como: el color de camisa que combina mejor con el pantalón, o el perfume que refleja de forma más exacta nuestra personalidad, o la corbata que hace juego con nuestros ojos inmensamente tristes, o el sociólogo extranjero cuyo apellido hace juego con mis

pretensiones) nos está llevando hasta el punto sin retorno de hacer a un lado, por incómodas, las herramientas científicas que nos pueden ayudar a resolver los problemas prioritarios con una visión estructural y materialista.

De ahí que –al convencernos, nosotros mismos, de que no podemos hacer nada, absolutamente nada, para salir de la precaria situación en la que vivimos– nos hayamos convertido –como oscuro mecanismo sociológico de defensa– en los “tristes más tristes del mundo” (de los que nos escribió Roque Dalton), pues, reconocamos que no hay mayor motivo de tristeza en esta vida que: pasar de “estar jodidos, pero contentos”, a estar “contentos de estar jodidos”, o el de ser “los tristes ciudadanos del país de la sonrisa”.

Esa sentencia popular, esa metafísica del estar jodidos, por cierto, es la que explica (mejor que el concepto de imaginación sociológica acuñado por C. Wright Mills) el por qué de los resultados, a la derecha, que se dan en los procesos electorales centroamericanos en los que, con demasiada frecuencia, triunfan aquellos que son los responsables de la injusta distribución de la riqueza, o la que explica, también –cuando los resultados son a la izquierda– la emergencia casi inmediata de escándalos de corrupción, lo cual es, innegablemente, un hecho sociológico

pues, tiene que ver con la estructura social y con la concepción del poder.

Por eso, si vamos a hablar del papel de la sociología inteligible en el desarrollo económico, en la formación de la identidad cultural y la memoria histórica; si vamos a discutir el por qué hacer a un lado la sociología en la formación de los futuros ciudadanos es un suicidio colectivo “sui generis” (al mejor estilo durkheimniano) lo mejor es hacerlo a partir de reflexiones académicamente espontáneas, es decir, a partir de premisas analíticas que tengan como único compromiso: la crítica epistemológica que busca ser inteligible para validar su pertinencia.

En síntesis, la sociología inteligible propuesta, supone un retorno al sujeto social estudiado –después de estudiado– en tanto repliegue epistémico, en tanto vuelta a la mismidad teórica después del viaje a la otredad; volver al constructo teórico, para cualificarlo, después de haber vivido la experiencia del desentrañamiento del mismo que hacen los informantes privilegiados.

Vista de esa manera, surge la tentación de ver la sociología inteligible como una nostalgia de la que se retorna enriquecido porque se ha totalizado el viaje con la lejana proximidad de la memoria.